

LA VIDA SECRETA DE LOS INSECTOS

Atrapada dentro un frasco vacío, que alguna vez había contenido jalea de membrillo, la mariposa buscaba desesperada la manera de escapar. Tal vez por cansancio, o porque había comprendido que en ese espacio reducido era imposible volar, hacía horas que mantenía sus alas plegadas y sólo se desplazaba sobre sus delgadas patas. Trataba de escalar la superficie resbaladiza del vidrio con movimientos que se repetían en ciclos idénticos, como en una cinta de video que alguien rebobinara y pusiera en marcha una y otra vez con obstinación.

Los ojos humanos que la observaban con atención, se iluminaban cuando se deslizaba hacia abajo cada vez que lograba ascender un pequeño tramo. El cerebro oculto detrás de esos ojos, sabía perfectamente que jamás lograría abandonar esa prisión; y cuando el juego se tornaba aburrido, buscaba nuevos estímulos a los cuales someterla.

Así, luego de tres cuartos de hora, una mano agitó el frasco para estudiar la reacción de aquella criatura ante la pérdida momentánea, pero total, de algo a lo cual sujetarse. Lanzada al vacío, la mariposa se estremecía y contorsionaba su diminuto cuerpo. Cuando el frasco fue depositado nuevamente sobre la mesa, corrió enceguecida y chocó contra el vidrio, para sumirse luego en un espasmódico entrelazar de patas y antenas.

No contento aún, el cerebro ordenó a las piernas que se dirigieran hacia un estante amurado a una de las paredes de la habitación. Encima de éste, un frasco cuadrangular refulgía furtivamente al recibir el resplandor verde de un acuario. Las manos tomaron el frasco con cuidado, y lo transportaron hasta la mesa con la misma devoción con que un sacerdote llevaría el cáliz hacia el altar.

La mariposa ya había cesado en su frenético comportamiento y vagaba en lo profundo de su jaula hermética. Recorría su circunferencia como si pensara, concentrada en sí misma, en una manera de alcanzar la libertad. “¿Podrá distinguir dónde está? ¿Notará esa pared transparente que la aparta del mundo? ¿O para ella se trata de una fuerza invisible que le impide avanzar y eso la enloquece aún más?” se preguntó el cerebro.

Mientras reflexionaba, las manos desenroscaron la tapa y la quitaron. La prisionera no dio señales de haberlo notado. Luego, la tapa del segundo frasco cayó sobre la madera y distorsionó por un instante, el sonido que emitía el equipo de aireación del acuario. Ese ronroneo monótono junto con el rumor suave del agua llenaban el cuarto, confiriéndole al ambiente una falsa sensación de paz.

El recipiente fue inclinado hacia abajo, de manera que ambas bocas abiertas se unieron en un beso desapasionado. Con cautela, el ocupante del frasco cuadrado examinó los labios de esa boca inerte; y después de unos segundos de vacilación, saltó al interior de la celda de la mariposa. Aterrizó con delicadeza, e inmediatamente, extendió en el aire sus patas delanteras en una inconfundible actitud de alerta. Presa del terror, víctima de una mente mórbida, la mariposa capturada esa mañana se paralizó al descubrir la presencia de la araña.

¡Paula, lávate las manos y ven a comer! gritó una mujer del otro lado de la puerta.

¡Ya voy mami! gritó a su vez una voz infantil, mientras dejaba el frasco vacío a un lado y con presteza volvía a cerrar el otro. Antes de salir, al apagar la luz de la lámpara, la niña comprobó complacida que la araña ya había comenzado a alimentarse.

Aún faltaba recorrer la mitad del pasillo, pero ya la señorita Romero podía oír el bullicio estridente que le hizo pensar en el chirrido de cientos de grillos. Apretó las carpetas bajo su brazo y simuló prestar atención a lo que le decía la Hermana Inmaculada. Había estado hablándole acerca de las reglas y tradiciones del colegio y ya estaba harta de

escucharla.

De improviso guardó silencio, se detuvo ante la puerta del aula y la abrió con estrépito. Le encantaba sobresaltar a los niños, y sonrió ante el repentino silencio. Su sonrisa se ensanchó aún más al mirar las expresiones asustadas en los pequeños rostros.

¿Qué era ese escándalo?! gritó la monja, sustituyendo la sonrisa por un golpe violento contra el escritorio.

A continuación, miró a cada uno de los quince alumnos con aire amenazador. Junto a ella, la señorita Romero sentía que el sudor le empapaba la blusa, adhiriéndola a sus axilas. Molesta, cambió su peso de una pierna a la otra.

Esta es la señorita Ana Romero, la nueva profesora de Ciencias Naturales dijo con acento severo.

A Paula le fascinaban los insectos. Solía pasar horas investigándolos, sin importarle los sermones de su madre que opinaba que debía deshacerse de “esos bichos asquerosos”. Incluso la había llevado a un psicólogo, preocupada porque su obsesión fuera un síntoma de anormalidad mental. Por eso, la llegada de la señorita Romero había sido un acontecimiento importante en su vida. “La entomología es sumamente interesante” había dicho ésta en clase, mientras explicaba cómo funcionaban las sociedades altamente organizadas de las hormigas.

Al poco tiempo, Paula se convirtió en su mejor alumna, y bajo su dirección, sus compañeros armaron un formicario en el laboratorio del colegio. “La mayoría de los insectos son criaturas feroces, y su mundo es violento y cruel. Tomemos como ejemplo a las abejas, que crían a los zánganos sólo para que se apareen con la reina y luego de eso los dejan morir de hambre” les dijo en otra ocasión la profesora. “¡Sí, y no se olvide de la avispa solitaria, que paraliza a la araña picándola en su centro nervioso y se la lleva al nido para que sus crías se la coman viva!” había exclamado Paula con entusiasmo enfermizo,

mientras sus mejillas se coloreaban de excitación.

El año escolar transcurrió con rapidez, y la fiesta de fin de curso era ahora lo único que ocupaba las mentes de los alumnos. La Hermana Inmaculada protestaba como todos los años y expresaba su opinión, a quien quisiera oírla, que habría que prohibir ese tipo de actividades.

Después de esas declaraciones a nadie le extrañó demasiado cuando sorpresivamente, una hora antes de la fiesta, la monja anunció que el equipo de audio del colegio no funcionaba. Indignada, la señorita Romero ofreció delante de todos ir hasta su casa, y con ayuda de algunos de los alumnos mayores, traer su propio equipo. Boquiabierta ante el giro de los acontecimientos, la religiosa no tuvo valor para negarse y quedar ante los padres de los estudiantes como una desalmada. Aceptó de mala gana, y la profesora salió acompañada de dos adolescentes robustos y también de Paula, quien consiguió colarse a último momento.

La casa donde vivía estaba semiculta detrás de un exuberante jardín, cuya vegetación crecía descuidadamente hasta alcanzar una altura considerable. El edificio tenía techo a dos aguas y muros de piedra, que el tiempo y la polución habían tornado grises. La hiedra trepaba por la fachada y sin saber por qué, le hizo pensar a Paula en células enfermas que invadían un cuerpo saludable. Los cristales de las dos ventanas ojivales del segundo piso refulgían al recibir la luz incandescente del sol, que comenzaba ya su descenso hacia el horizonte.

La casa, vista desde la entrada, daba la impresión de una bestia de ojos brillantes; camuflada entre el follaje y al acecho de alguna presa que incautamente se metiera en su territorio.

«¡Qué ecosistema grandioso tiene usted aquí!» exclamó Paula al internarse en el jardín y descubrir la gran cantidad de insectos que pululaban en él.

Si, aquí obtengo la mayoría de los ejemplares que utilizo dijo la profesora, y extrajo las llaves de uno de los bolsillos de su chaqueta. Abrió la puerta y entró en la casa seguida de los tres alumnos.

Apenas traspasó el umbral, Paula notó el aroma a formol y cloroformo mezclándose con otro perfume que no lograba identificar. Las formas indefinidas de los muebles parecían flotar en la oscuridad que ocupaba el interior de la vivienda. El equipo de audio estaba en el vestíbulo junto a la puerta de entrada. Los dos varones lo cargaron y volvieron a salir, ansiosos por regresar al colegio. Paula se quedó con la señorita Romero y la esperó mientras cerraba la puerta con llave. Al hacerlo, un sonido ahogado resonó dentro de la casa, mitad lamento mitad chillido. Aunque débil y lejano, Paula lo oyó.

¿Qué es eso? preguntó sobresaltada.

¿Qué cosa?.

¡Ese ruido! ¡No sé si era de un animal o qué!.

Yo no escuché nada dijo la señorita. Tomó a la niña de la mano y la llevó hacia la calle.

Sentada en las gradas del gimnasio, confundida entre la gente, Paula no podía apartar sus pensamientos de la casa de la profesora de Ciencias Naturales. Ajena al espectáculo que se desarrollaba frente a ella, se levantó y salió del recinto. Atravesó la capilla con sigilo, donde las imágenes de los santos continuaban vigilando la eternidad, y se dirigió a la sala de profesores. Los pasillos estaban desiertos y nadie la vio entrar. Se acercó a la chaqueta de la señorita Romero y tomó las llaves.

Exhausta después de haber caminado alrededor de veinte cuadras, Paula llegó a la casa. Afuera ya estaba muy oscuro cuando introdujo la llave en la cerradura y entró por segunda vez. Tanteó las paredes hasta encontrar una llave de luz. La encendió y esperó hasta que sus

ojos se hubieron acostumbrado a la claridad.

El aroma que percibiera en su primera visita saltó a recibirla. Paula dejó atrás el vestíbulo y se internó en el corazón de la bestia de piedra gris. La habitación siguiente era una sala equipada con una enorme biblioteca atestada de libros. Sobre una mesa había docenas de frascos, instrumentos de disección y botellitas con etiquetas. Paula se aproximó y echó un vistazo a los frascos. Todos contenían insectos vivos: mariposas, coleópteros, orugas, cucarachas y una enorme mantis, que giró en redondo su cabeza para no perder de vista a la intrusa. Sobre una plancha metálica había especímenes desmenuzados. El olor era cada vez más intenso y repugnante, y parecía provenir del piso superior.

Paula subió por la escalera de caracol y se encontró ante un cuarto, cuya puerta entornada dejaba entrever una cama deshecha. La abrió del todo, respiró hondo y entró. Encendió la lámpara de la mesita junto a la cama y lanzó un grito de horror al ver lo que la luz ambarina le mostró: un hombre desnudo, enredado en sábanas empapadas de sangre. Tenía los ojos y la boca abiertos, y la muerte había esculpido en su cara hinchada, una insoportable expresión mezcla de pánico y dolor. Aturdida, notó que sus piernas habían sido amputadas recientemente. El muñón derecho mostraba un prolijo torniquete, pero el izquierdo había sido arrancado y colgaba entre los dedos del muerto.

Paula retrocedió hacia la puerta resbalando en la sangre que cubría el piso del dormitorio, dándose cuenta de que ese era el perfume que no había podido identificar.

_ ¡Qué pena!_ dijo una voz a sus espaldas.

Paula se dio vuelta y se puso a llorar histéricamente al ver a la señorita Ana Romero.

_ ¡Qué pena que hayas visto lo que no tenías que ver!... Me gustabas, sentías la misma pasión que yo por los insectos_ dijo.

El tono triste y el hecho de que hablara de ella en pasado, como si ya no existiera, fue un presagio funesto.

Yo era así como tú ¿sabes?. Cuando era niña me encantaba estudiarlos, hacer experimentos con ellos... aprendí mucho de sus costumbres... los admiro. ¿Sabías que en su mundo son las hembras las que dominan? La mantis por ejemplo, se devora al macho después de aparearse con él... y tú ahora, tan asustada, me recuerdas a aquella mariposa que cacé en un frasco y a la que le arrojé una tarántula. Si... teníamos muchas cosas en común... ¡hasta el nombre! dijo con repentina alegría, mientras sacaba la tapa a la botellita de cloroformo.

Eduardo Pereyra, el joven profesor de Educación Física, se apoderó del micrófono al finalizar la fiesta de fin de curso. Esperó a que todos hicieran silencio y anunció:

Por consenso casi unánime entre los alumnos, el ganador de este año de la elección del mejor profesor es... ¡la señorita Ana Paula Romero!.

Un estallido de aplausos la acompañó cuando se acercó sonriente a buscar el diploma. Agradeció a todos y abrazó a Eduardo, quien la besó en la mejilla. Al sentir el calor que irradiaba su cuerpo y la firmeza de su carne, Ana Paula decidió que no sería mala idea invitarlo a su casa la próxima primavera.
